

MAFIA, SUBPRODUCTO DE CIERTAS ESCASECES

Por razones de espacio, en cada estratégica esquina hay a lo sumo uno, y sólo un, puesto de diarios, atendido cotidianamente por el mismo diarero; en cada estratégica esquina hay un solo mendigo, normalmente siempre el mismo. Y si alguien intenta competir como lo describen los libros de texto de microeconomía, tanto en un caso como en el otro es "invitado" a retirarse.

¿Por qué ese diarero y no otro; por qué ese mendigo y no otro; quién es el que "invita" a los potenciales competidores a retirarse; de qué vive?

En un mundo de caballeros, la respuesta es obvia: el primero que llega, ocupa el lugar; los demás se frustran pero no actúan. Así se asignan los asientos, por ejemplo, en el subte, en los cines que no numeran las localidades, en la enorme mayoría de los templos religiosos. Así, según uno de los Diez Mandamientos, debería ocurrir con "la mujer" (la pareja, en el simétrico lenguaje de fines del siglo XX).

La caballerosidad funciona en algunas situaciones, pero no en todas. Donde no rige, esto es, donde el asiento ocupado por una persona, a los ojos de los otros no le da derecho a seguir ocupándolo, si se observa un comportamiento "civilizado", dicha civilización se sustenta en la fuerza.

En efecto, cuando un mendigo mira con envidia la estratégica esquina que ocupa otro, pero no intenta desplazarlo sino que se ubica en otra, menos atractiva, está calculando que no tiene fuerza para desplazarlo (en lucha cuerpo a cuerpo, o en lucha contra quien respalda a quien ya está plantado en la esquina).

Quien detenta esa fuerza "administra" la escasez (en este caso, de espacio), en el sentido de que designa quién se beneficia con esa escasez, evitando la aparición de potenciales competidores. Lógicamente, cobra por sus servicios. ¿Cuánto? En principio, todos los ingresos que genera la referida escasez, menos lo que pide el más barato de los candidatos a ocupar el lugar. (en el caso del "mercado de la lástima" el propio proceso requiere que el mendigo no se quede con mucho del dinero recaudado, porque; ¿quien le daría para comer a un `gordito'?).

Quien detenta esa fuerza cada tanto tiene que exhibirla, porque de lo contrario quienes trabajan en las esquinas dejarían de pagarle protección, y quienes quieren competir intentar n hacerlo.

La conclusión es clara: está en la naturaleza de ciertas escaseces, que emerja como subproducto un comportamiento... ¿mafioso? Alguien tiene que ejercer ese rol.

En términos parecidos a estos, los cientistas políticos explican que el uso de la fuerza es inevitable. ¿En qué consiste la civilización, entonces? En otorgarle al Estado, a través de sus instituciones, el monopolio de la fuerza, al tiempo que se la circunscribe en términos de legislación, separación de poderes, etc. y del ámbito de aplicación (se entiende que el Estado intervenga para determinar quién venderá diarios en Corrientes y Florida, no para determinar si deben instalarse más pizzerías, dada la cantidad que ya hay).

El uso estatal de la fuerza pensando exclusivamente en el bien común, y por consiguiente renunciando quien la ejerce a beneficiarse de ella, es más propio del mundo de los "ángeles" que del de los seres humanos. Y los gobiernos son ejercidos por seres humanos. Por eso, aquí como en cualquier parte del mundo y de la Historia, aparecen los ejemplos en los cuales hay funcionarios que privatizan la administración de ciertas escaseces, en provecho propio.

El análisis económico reafirma lo que el sentido común sospechaba: cuando algo - calificado como un mal- está en la naturaleza de las cosas, la lucha para evitarlo es continua. El caso de los comportamientos mafiosos, lamentablemente, es uno de estos casos.